

Arboleda Gómez, Rubiela

Los ecos de la pandemia traen rumores del cuerpo: Acercamiento al campo de las expresiones motrices

Perspectivas de Investigación en Educación Física

2022, vol. 1, nro. 1, e005

Arboleda Gómez, R. (2022). Los ecos de la pandemia traen rumores del cuerpo: Acercamiento al campo de las expresiones motrices. Perspectivas de Investigación en Educación Física, 1 (1), e005. En Memoria Académica. Disponible en: https://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/art_revistas/pr.14342/pr.14342.pdf

Información adicional en www.memoria.fahce.unlp.edu.ar



Esta obra está bajo una Licencia Creative Commons Atribución-NoComercial-CompartirIgual 4.0 Internacional
<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/4.0/>



Los ecos de la pandemia traen rumores del cuerpo. Acercamiento al campo de las expresiones motrices

The pandemic echoes carry rumors of the body. An Approach to the field of motor expressions

Rubiela Arboleda Gómez
Universidad de Antioquia, Colombia
ursula59@hotmail.com

Recepción: 3 de marzo de 2021
Aprobación: 24 de noviembre de 2021
Publicación: 1 de abril de 2022

Cita sugerida: Arboleda Gómez, R. (2022). Los ecos de la pandemia traen rumores del cuerpo. Acercamiento al campo de las expresiones motrices. *Perspectivas de Investigación en Educación Física*, 1(1), e005. Recuperado de: <https://www.pef.fahce.unlp.edu.ar/article/view/pefe005>

Resumen: Este artículo es una deriva de la reflexión crítica motivada por la participación en el foro "Los imperativos economicistas de la educación en los tiempos pandémicos: los desafíos de la universidad pública" (Julio 27, 2020). Con la estrategia de análisis documental se realizó la recolección y el análisis de información retomada de diferentes fuentes: artículos, libros, videos, testimonios, conferencias, e interpretadas desde la noción cultura corporal. El texto se despliega en varios escenarios: el contexto de la pandemia, en el que se presentan las narrativas interpretativas que han concursado, sin necesariamente adherirse a ellas, en razón de la COVID-19; la traducción en la corporeidad de esas narrativas; una postura esperanzadora denominada "El cuerpo entre la renuncia y la esperanza", aquí la corporeidad se revela y se rebela; se cierra con el tratamiento moderno del cuerpo situado en la Universidad y, específicamente, en el campo de las expresiones motrices. Con el título "Los ecos de la pandemia traen rumores del cuerpo" se busca una aproximación biopolítica a la experiencia corporal en tiempos de pandemia.

Palabras clave: Cuerpo, Rebiologización, Pandemia, Biopolítica, Expresiones motrices

Abstract: This article is a derivative of the critical reflection motivated by the attendance to the forum "The economic imperatives of education in pandemic times: the challenges of the public university" (July 27, 2020). With the document analysis strategy, the collection and analysis of information was taken from different sources such as: articles, books, videos, testimonies, conferences, and interpreted from the notion of body culture. The text unfolds in different scenarios: the context of the pandemic, in which the interpretive narratives that have competed, without necessarily adhering to them, are presented due to COVID-19; the translation into the corporeality of these narratives; a hopeful posture called "The body



between renunciation and hope", here the corporeality reveals and rebels; It closes with the modern treatment of the body located at the University and, specifically, in the field of motor expressions. With the title "The echoes of the pandemic bring rumors of the body" it seeks a biopolitical approach to the corporal experience in times of pandemic

Keywords: Body, Rebiologization, Pandemic, Biopolitics, Motor expressions

Oído, pueblo, que llegaron los tamales de Santa Elena calienticos, recién bajaítos de la olla, por cuatro mil pesos. Traen papa, alverja, zanahoria, carne de cerdo, tocino y la masa, la masa es más rica que la carne.

Introducción

Con el título "Los ecos de la pandemia traen rumores del cuerpo" se ha querido esbozar una reflexión sobre la experiencia corporal, más allá de la jaula, narrada por los ruidos. El proceso de indagación fue atravesado por los pregones, clamores, regaños, carcajadas, martillazos, cantos y llantos que configuran la polifonía de la cotidianidad, con volúmenes que la hicieron tangible y más en el confinamiento. Sonidos provenientes de la venta de alimentos; los ofrecimientos de serenatas de rancheras, vallenatos, boleros o carrileras; las promociones de juegos de mesa que incluyen adminículos como tapabocas y antibacteriales; los gritos de niños protestando ante el encierro y la higienización excesiva; los susurros de jóvenes amándose a escondidas justo debajo de la ventana de mi cuarto; las pulidoras, taladros, sierras y golpes de almádana que vociferan sobre una arquitectura inhabilitada para la reclusión temerosa; los golpeteos de saltos de cuerda que vienen del piso de arriba; las instrucciones de gimnasia ("...un, dos, tres. Y repetimos: arriba, abajo, un, dos, tres..."); los micrófonos abiertos que hacen *zoom* a la conversa hogareña, o las exclamaciones que van de la ventana a la calle o de la calle a la ventana. Ruidos que rompen el silencio y hablan de un cuerpo en vínculo; un cuerpo que se proyecta y demanda.

El artículo se presenta cuatro apartados: el contexto de la pandemia, el que se refieren algunas narrativas, en razón de la COVID-19; la traducción de ellas en la corporeidad; "El cuerpo entre la renuncia y la esperanza", en el que corporeidad se revela y se rebela; finalmente se aborda el tratamiento moderno del cuerpo situado en la Universidad y, específicamente, en el campo de las expresiones motrices.

¿De dónde proviene la pandemia?

Son varias las narrativas que han intentado interpretar estos tiempos confusos, en los que la opción protectora está en el distanciamiento y la higiene; no obstante, esta experiencia colectiva es paradójicamente personal. Esto es, con el paso de los días se han ido dibujando las propias maneras de comprender la realidad, la realidad encarnada en este caso. Las diferentes comprensiones están mediadas por los insumos de cuño cultural y social, y por las versiones subjetivadas de estos; insumos que cargamos

ya como lastre, ya como posibilidad o como única opción. De cualquier manera, aprendimos que “la pandemia otorga una libertad caótica a la realidad y cualquier intento de aprisionarla analíticamente está condenado al fracaso [...]. Teorizar o escribir sobre ella es poner nuestras categorías y nuestro lenguaje al borde del abismo” (De Sousa, 2020, p. 38). No hay duda: la realidad escapa de los raciocinios.

Estamos ante una aventura, todo puede suceder o todo está sucediendo de tal forma que no hay un punto final, siempre quedan los puntos seguidos y, más aún, los puntos suspensivos Agamben, Zizek, Breilh y otros tantos han tenido que regresar sobre sus palabras para ajustarlas, porque resultan insuficientes, hay que mirar las fechas antes de leer el dictamen. Estamos ante un caos de información, de versiones, de discursos, de retóricas, de perspectivas y legislaciones, de esperanzas y desesperos.

Rita Segato (2020) sintetizó las narrativas que han circulado como interpretaciones de la pandemia y que, cotejadas con otras reflexiones, encuentran resonancias que vale la pena señalar:

1. Todas las especies son proclives a desaparecer: esto es un evento de la historia natural de la vida. Esta perspectiva resuena con la certeza que nos habita, la conciencia de la muerte (Bataille, 1995; Freud, 1975, 1979; Fromm, 1962), la cual ha propiciado, entre otras cosas, los avances en la medicina.
2. El capitalismo se ha apropiado de la vida y utiliza la enfermedad para que desaparezcan los seres sobrantes. Esta narrativa se articula a los planteamientos del darwinismo social y la eugenesia, y con la ciencia como poder, que camina de la mano con la tecnología médica.
3. Es un experimento de control totalitario. Entonces, China creó intencionalmente el virus con la intención de refundar su imperio. Esta arista del análisis se ha cruzado con la idea según la cual Estados Unidos fue el autor y con el señalamiento de que Rusia ha intervenido en la propagación del virus: partida a tres bandas en el panorama geopolítico y una suerte de “esquizofrenia de competencia voraz por la economía” (Breilh, 2020).
4. También se sospecha que se ha instalado una ideología fascista que enseña a pensar firmemente en el enemigo: los extranjeros. “Juego complejo, xenofóbico, que lleva a que ahora los chinos sean señalados por comer como comen” (Breilh, 2020). En términos de la legislación, ello se puede sentir en el experimento con el “distanciamiento social” como estrategia de control. El enemigo es el otro, cualquier otro.
5. Ha llegado el momento de desmontar la creencia en la supremacía humana sobre el nicho ecológico, una interpretación con arraigo indígena: “No tenemos la tierra, sino que la tierra nos tiene”. Esta mirada resuena con la tesis del fracaso del antropocentrismo: el trato a la naturaleza como fuente (el extractivismo, el *fracking*, las crías extensivas, el comercio de especies exóticas, los monocultivos, etc.) y no como cómplice e interlocutora activa para la preservación de la vida; Mujica (2020) opina que no es venganza de la naturaleza, sino una simple defensa. Esta perspectiva evoca los planteamientos de Beck, Giddens y Lash (1994) y de Beck (2002) acerca de la “sociedad de riesgo” y la “modernidad reflexiva”, que finalmente señalaba la inflexión

de la modernidad: la ida y vuelta de sus efectos, por ejemplo del trato al medio ambiente. Se reclama una mirada vital-centrista.

6. Una sexta narrativa se refiere a un Estado para “maternar”, es decir, a un Estado que debe ser cuidador. Así, se debe pasar del Estado paternalista, que de alguna manera fracasó y que en Latinoamérica no conocimos, a un Estado maternalista. Rivera Cusicanqui (2020) manifiesta:

Hoy día, este *pachakuti* es un *warmipachakuti*, un *pachakuti* de signo femenino, y esa capacidad de dar la vida y de cuidar la vida que está en nuestras manos tiene que irradiarse al resto de la sociedad para que hombres y mujeres podamos reconstruir espacios habitables, territorialidades alternativas, pequeñas, íntimamente interconectadas por una ética de la vida, de la reproducción y de la sanación de la pacha.

En breve, estamos ante un agotamiento de la naturaleza, de los recursos, de los modelos productivos, de la explotación humana y de los padecimientos de clase, de género, de rol y de jerarquías; estamos ante un colapso de las estructuras gubernamentales, con su correlato en las instituciones cuya génesis fue la esperanza de protección de la existencia individual y colectiva, la garantía de los derechos fundamentales, la salvaguarda de la cultura y la defensa de la vida, con el estandarte de la igualdad de las personas, de la tierra para todos, del acceso a las conquistas civilizatorias y de la ética como interrelación.

Breilh (2020) advierte que esta manera de manifestación de una cepa viral no es tan nueva, como se quiere insistir: “Otras epidemias iguales o más letales no se conocen, no se difunden, porque no afectan la economía”. Y, justamente, los efectos monetarios se han convertido en la panexplicación de la patética circunstancia social a la que ha conducido el determinismo económico, de tal manera que las ausencias y las nuevas presencias están siendo ajustadas al tenor de la COVID-19. Sin embargo, tal cosa no es cierta, dado que hace rato venimos cargando la piedra de Sísifo.

Por favor, ayúdennos. Ustedes son mamás, son papás, y saben lo que es no tener comida para los hijos...

Se insiste en la inequidad y la pobreza como una revelación del virus. “Desnudez”, “develamiento” y “evidencia” son los adjetivos que se confieren a los efectos de la virulencia, como si emergieran de la nada, como una suerte de novedad que nos conmueve. Tal vez se han naturalizado, tal vez se han ignorado, tal vez han sido “negados” como una estrategia protectora de las pequeñas zonas de confort que los clase medieros creemos tener y de los grandes privilegios que los ricos sí tienen. Empero, la actual pandemia nos ha obligado a volver la mirada a lo que antes se esquivaba. Los gritos de la pandemia visibilizaron aquello que se ha intentado ocultar, pero sabemos que está allí. Lo que de facto se “desnudó”, “develó” o “evidenció” en esta crisis fue el sistema, la miserabilidad de nuestra realidad institucional neoliberal. Las desigualdades de clase, las brechas sociales, las diferencias en los accesos a los bienes comunes, las precariedades de la existencia y las vejaciones en aras de la sobrevivencia *hace mucho* están allí.

Lo que se ha expuesto es la inoperancia de los dirigentes, la imprevisibilidad de los gobiernos, los abusos de los modelos productivos, una sociedad en la que “trabajadores fueron relegados a la condición de sobrevivientes en zonas rurales azotadas por el neoextractivismo y la agroindustria, o en el mundo del trabajo informal, con mínimas garantías sociales, y un grupo importante sigue condenado al tozudo desempleo” (Múnera, 2020, p. 4). No, la realidad de la prepandemia no puede diluirse y justificarse con la pandemia. Estamos presenciando la perversión del neoliberalismo en todo el orbe, aquí y allá, pero más aquí, claro está, en el sur, que “es una metáfora del sufrimiento humano injusto causado por la explotación capitalista, la discriminación racial y la discriminación sexual” (De Sousa, 2020, p. 45). Se puede agregar: segregación de clase, política y estética. ¡Una pandemia de derecha en América del Sur! Lo que al parecer sí nos lleva a una unión a todos los países del mundo es la ineficacia de los gobiernos y la calidad humana de los gobernantes.

En el actual estado de cosas, se han agudizado las tensiones entre los autoritarismos y la democracia, entre el patriarcado y el matriarcado, entre lo público y lo privado, entre ricos y pobres (los ricos se encierran, pero requieren a los pobres para la sobrevivencia: personal de aseo, vendedores, pregoneros, repartidores, etc.) y entre los géneros. Respecto a esto último, puede intuirse que la mujer ha sido devuelta a su rol originario, una reemergencia del trazo arquetípico y para las mujeres se han multiplicado las responsabilidades.

Todas las narrativas interpretativas tienen cuerpo, en tanto lugar de síntesis de las disposiciones sociales y culturales: la higiene, la dieta, el ejercicio, la medicalización, el sueño y la producción devienen en prácticas individuales y colectivas diseñadas conforme a una idealidad hegemónica. El cuerpo se propone como un registro de la vida en comunidad y es el sujeto mismo, un sujeto entendido como quien ha alcanzado la conciencia de sí y del mundo, y se ha posicionado en los órdenes de lo político, lo histórico, lo cultural y lo social para su transformación.

Todas las prácticas son corporales (Bourdieu y Wacquant, 1995). Ellas exhiben las exigencias materiales e imaginarias dirigidas a la corporeidad y la manera como las lógicas locales y globales relocalizadas se filtran por los intersticios de la cotidianidad hasta consolidarse como hábitos; dan cuenta de la dialéctica natural-cultural, en la que se inscribe nuestra existencia: el cuerpo es una constante biológica ineludible y un sistema simbólico arraigado en contextos, de ahí que no pueda existir una pandemia —que, por las prescripciones y proscripciones establecidas, pareciera que solo afecta nuestra organicidad— sin la mediación de maneras instaladas que enseñan la presencia sociocultural en nuestra corporeidad. Manifiesta Lesutis (2020):

A medida que se extendió globalmente de cuerpo a cuerpo, el virus nos muestra cómo las estructuras abstractas —como la economía global o los sistemas de transporte— que a menudo nos esforzamos por comprender *no son más que* los sistemas hechos por y a través de nuestros cuerpos.

Las disputas por la primicia y propiedad de la vacuna contra la COVID-19, las normas de bioseguridad como el distanciamiento social, el estado de excepción, las cuarentenas reiteradas y el simultáneo enriquecimiento de las grandes empresas parecen confirmar que el cuerpo está acechado por el poder. He ahí otra narrativa explicativa que puede aventurarse: la trama virulenta busca capturar el cuerpo, último bastión libertario.

El epidemiólogo ecuatoriano Breilh (2020) afirma que las pandemias son una construcción sociocultural y, en ese sentido, nos dice que “la mesa está servida para el virus”.

Pero ¿cuál es el lugar del cuerpo en esa mesa?

¡Mamá, no más baños!... ¡Noooo, el pelo no, el pelo no! ¡No otra vez!

Los ecos de la pandemia anuncian el cuerpo confinado para su protección. Ese cuerpo no es otro que el cuerpo moderno, el cuerpo del capitalismo, el cuerpo neoliberal (taxonomizado, objetivado, despreciado, negado, descontextualizado, apropiado por las medicinas), un cuerpo dócil y domeñado con la estrategia del miedo, que admite el encierro, la vigilancia sanitaria y la cosificación por medio de la higiene.

La representación de la pandemia es la de un cuerpo amansado con los vapores del alcohol, el vinagre, el hipoclorito, las fórmulas mágicas desinfectantes y el jabón Rey:

Establecimiento de un terror sanitario puro y simple y una especie de religión de la salud. Lo que en la tradición de las democracias burguesas era un derecho del ciudadano a la salud se convierte, sin que la gente parezca darse cuenta, en una obligación legal religiosa que debe cumplirse a cualquier precio (Agamben, 2020, p.45).

Se experimenta ahora todo un despliegue del arsenal biopolítico, que mutó en *tanatopolítica* (Agamben, 2006; Foucault, 2007) o *necropolítica* (Mbembe, 2011). El miedo, como ha sucedido históricamente, es un mecanismo de poder contundente y eficaz. “Podemos llamar ‘bioseguridad’ al dispositivo de gobierno que resulta de la conjunción de la nueva religión de la salud y el poder estatal con su estado de excepción” (Agamben, 2020, p. 44). Un miedo que hace desear lo conocido, por terrible que fuera, es decir, que hace añorar una “normalidad desapareja”, que alienta la idea de que “es mejor lo malo conocido que lo bueno por conocer”.

Se instalan, tras la cortina virulenta, unas nuevas técnicas de gobierno; el dispositivo político de la gran transformación es el estado de excepción y la religión es la ciencia. Al parecer, la pelea entre la religión, el capitalismo y la ciencia, titanes que a veces actúan en complicidad, la está ganando la ciencia:

estamos ante una mafia científico-tecnológica que lucha por el control. El coronavirus está confabulado con la formulación de un nuevo orden mundial.

Entendemos que el contexto marca el cuerpo, que las prácticas corporales corresponden a las disposiciones legales y legítimas que conforman la vida social. Asumimos que las pautas de comportamiento procedentes de las instancias reguladoras de la vida se “encarnan” y se registran en usos, interacciones, imaginarios, realidades y expectativas. El cuerpo es un gran sistema simbólico, y es precisamente su potencial simbólico aquello que lo hace objeto-sujeto de atención mediante estrategias normalizadas de ascetismo, entrenamiento, alimentación y vigilancia. Por lo demás, el mantenimiento de nuestro cuerpo crea vínculos diversos, expresa relaciones sociales, las reafirma o las niega.

Ahora bien, los susurros que deja el eco de ese cuerpo rebiologizado son los de ese cuerpo que es más, que es muchos más y que es más eso otro que se le intenta negar: construcción social y cultural, mediación para la comprensión de la vida y sus lógicas, memoria, voluntad, deseo, pulsión, creatividad, imaginación y, cómo no, fuerza laboral. Es la complejidad del cuerpo la que podrá rebelarse y se ha rebelado ante la política del terror sanitario, apoyado y manipulado por los medios.

Llegó la melona, el cilantro, el limón tabití, la piñamiel, la papaya, los aguacates en su punto.

“Es necesario volver a lo elemental. Y lo elemental es el alimento, la salud mental y material, y la restauración del afecto y también del valor de la palabra”, nos dice Rivera Cusicanqui (2020). No obstante, nos tienen tan fisiologizados¹ que no podemos ver otras opciones. No logramos escuchar el cuerpo que reclama más derechos, incluso si las mal llamadas “necesidades básicas” están satisfechas; ese cuerpo otro requiere más, porque precisamente quien más tiene potenciales es quien más reclama posibilidades no limitadas a lo económico; es el cuerpo que puede prosperar, es florecer, devenir persona, y ello implica: entorno cultural y social, condiciones económicas, alternativas de educación, voluntad política, tiempo-espacio de ocio, contemplación estética, calidad y estilos de vida, ambiente de bienestar, etc. Se trata de florecer como subjetividad plena.

El cuerpo: entre la renuncia y la esperanza

¡Ánimo! ¡Lo están haciendo muy bien! Uno, dos, tres... Sigán su propio ritmo. Ya deben estar bajando más. ¡Ánimo!

Las perspectivas de futuro se han polarizado, lo que se puede identificar en las deliberaciones predictivas de algunos pensadores. En un ejercicio de extrema simplificación, el filósofo esloveno Žižek (citado en Barranco, 2020) plantea que la pandemia le ha dado un duro golpe al capitalismo, y que ello permitirá el nacimiento de una nueva era de comunismo, una colaboración global que pueda controlar y

regular la economía. Augura que el virus derrumbará el populismo nacionalista que busca cerrar fronteras y fomentará la cooperación mundial, y tiene la convicción de que la solidaridad y la colaboración global no son un idealismo, sino un acto racional, que es lo único que puede salvarnos. Por su parte, Byung-Chul Han (citado en Sigüenza y Rebollo, 2020) ofrece otro panorama. Según el filósofo surcoreano, tras la pandemia el capitalismo continuará con más fuerza, acompañado de una era de regímenes autoritarios. El virus ha conseguido que la ciudadanía apruebe una mayor vigilancia digital y un control policíaco por parte del Estado, de suerte que se logrará así lo que el terrorismo no pudo conseguir: el estado de excepción pasará a ser la situación normal. El virus nos aísla e individualiza, no genera ningún sentimiento colectivo fuerte, cada uno se preocupa de su propia supervivencia. En consecuencia, el capitalismo no colapsará por un virus, sino por una revolución humana.

Las evidencias suelen inclinarnos a Han (citado en Sigüenza y Rebollo, 2020), pues no hace falta ser un prestidigitador para saber que el capitalismo no va a morir en esta crisis y que tal vez su resurgir sea feroz y arrollador. Como lo expresa Rivera Cusicanqui (2020), atravesamos

un colapso moral definitivo del capitalismo y, como todo monstruo, el capitalismo se va a ir de este mundo dando zarpazos y mortíferas dentelladas al mundo y a la gente, y los más vulnerables, los más pobres, la gente que trabaja, que produce la comida, van a ser víctimas de esas violencias.

Sin embargo, es importante asirnos a cualquier luz de resistencia que pueda habitarnos e ilusionarnos con otros órdenes sociales más sensibles a la vida misma:

Michel Foucault planteó, en un texto llamado *Las redes del poder*, la tendencia de los gobiernos de ir hacia un esquema de “biopolítica”, entendido como la capacidad de las instituciones y sectores que ejercen el poder de influir y controlar nuestros cuerpos. El cuerpo sería, desde esta lógica, el último resabio de libertad que el poder intentaría cooptar en las sociedades modernas (Peterlin, 2020, p. 3).

Para resistirnos sería importante la comprensión del cuerpo en su constitución densa, atravesada por la historia, los contextos, las realidades, los ideales y los otros, una comprensión desde ese cuerpo colectivo registrado en nuestras subjetividades y gracias al cual podemos resistir y proponer el desbordamiento de la técnica biopolítica que nos ha impuesto el terror sanitario. Tal vez así podamos combatir el virus de un orden social avasallante, tal vez así podamos superar la mafia de la ciencia instrumental que busca el control, una “nueva normalidad” regulada por la asepsia y la exclusión del prójimo. ¡Las otras y los otros han sido proscritos! ¡Nos han aislado y han construido al otro como sospechoso! ¡Todos somos sospechantes!

Pásemelo por la ventana, yo le bajo la canasta.

Así las cosas, el virus no es el riesgo más relevante, ya que lo sustantivo y amenazante es la dislocación de los constitutivos fundamentales de la existencia, el secuestro de la corporeidad en nombre de la protección. Si se conviene que el sujeto está conformado no solo por atributos personales, sino también por el contexto y por unos otros que lo habitan, en la doble vinculación universal-local, se convendrá que no hay individuo *per se*, es decir, que el sujeto siempre será un correlato de su realidad y de su inscripción en el mundo, el cual interpreta desde sus propios acervos. Ergo, al referir condiciones subjetivas no se excluyen la circunstancia social ni la experiencia compartida; de tal manera que nuestros cuerpos no son solo nuestros cuerpos y ello permitirá entonces superar nuestra soledad, toda vez que también somos la experiencia de los demás. Volvamos, pues, a pensarnos en el marco del humanismo como posibilidad histórica, realicemos un giro perceptivo ante el cuerpo encerrado, demos vueltas a la tuerca para apretarla hasta reventarla.

El miedo es un mal consejero, pero también es protector y reactivo, hace que aparezcan realidades y alternativas que uno no podría ver de otra manera. El cuerpo es escenario del ejercicio político y ello incluye las resistencias; el cuerpo no se deja, no se somete sin resistir.

El ser humano es sociable por naturaleza, pero es un ser solitario en su esencia. Las experiencias existenciales son intransferibles; sin embargo, en nuestro cuerpo está inscrita la colectividad que lo acuna. Ahora bien, el dolor es de todos nuestros cuerpos. Judith Butler (2005) nos dice que desde que nacemos nuestras vidas dependen de otros humanos para nuestra supervivencia, y que es a través del amor y el cuidado o de la violencia y el abandono que nuestros cuerpos y vidas subjetivas dentro de ellos florecen o perecen. Nuestra existencia transcurre en la tensión subjetividad-colectividad, y es importante conocer y reconocer los dos lados de la tensión. “El mundo comprobó, de manera práctica, la importancia de los vínculos de solidaridad y ayuda a nivel comunitario” (Peterlin, 2020, p. 2). Asimismo, nos recuerda “una verdad fundamental e ineludible de nuestra existencia: los humanos somos criaturas fundamentalmente solitarias e, inevitablemente, implicadas en la existencia de otros humanos” (Lesutis, 2020).

Sería posible revertir el desconocimiento del sujeto causado por los dictámenes de la pandemia, esa negación de la corporeidad, mediante el encuentro del sujeto mismo, descubrir y afinar nuestros potenciales e identificar nuestras preferencias y requerimientos propios e íntimos, que en ocasiones se diluyen en la socialidad (sociedad haciéndose), pero que median en la articulación en ella. Conocernos es también reconocer a los otros en nosotros, y este es un intersticio por el que se puede colar la alternativa emancipadora desde el cuerpo cautivo. No se trata de caer en un subjetivismo ingenuo o de reivindicar el individualismo a ultranza, que desconoce al otro en pro del bien individual y en el que desaparece el sujeto unificado, racional y expresivo y se destaca aquel que, aunque libertario, se sumerge en un ensimismamiento recóndito e insondable, un ensimismamiento que reniega de la identidad común porque su centro es el sí mismo y subvalora las propuestas colectivas (Arboleda, 2013, p. 53).

Con una dirección similar, las palabras de Breilh en 2007 no solo siguen vigentes, sino que cobran relevancia:

[Se precisa de] una subjetividad social, como clave para fortalecer el sujeto de la acción, integrando fuerzas y culturas contrahegemónicas, y construyendo un poder simbólico alternativo. [...] Es inconcebible una construcción plural y democrática en un mundo disipado en miles de subjetividades inconexas, cada una girando alrededor de su propia e inconmensurable experiencia; a eso puede llevar el relativismo fundamentalista encerrado en el mundo micro y personal. Nuestro mayor desafío en los momentos actuales es perfeccionar nuestra conciencia objetiva sobre los nuevos problemas de la realidad compleja, pero hacerlo trabajando simultáneamente sobre una conciencia sobre la subjetividad como herramienta de impulso colectivo (pp. 30 y 59).

Ajedrez, parques, catapiúz, cartas, damas chinas, rompecabezas, crucigramas, tapabocas y gel: todo a 5.000.

Si hay ahora —para algunas personas— una opción emancipadora es el ocio, que permite crear, imaginar, ensayar, dormir y pensar; además, claro está, posibilita las idealidades culturales del divertimento, como leer, ver cine, visitar virtualmente los museos, escuchar música, etc., y muchas más opciones, tal vez ideadas por cada quien, conducentes a una resistencia desde la revelación del sí mismo, oculto en los mandatos hegemónicos.

Venimos a saludarlos con el mariachi. Que no falte la alegría de la música, encerrados pero felices disfrutando nuestras melodías. Les agradecemos cualquier contribución...

El juego, la creación y el movimiento siguen siendo la posibilidad más cercana al mundo sensible, a la interpretación de la realidad, a la intuición, a la ilusión, a la disrupción y a la transformación. Dime qué haces en tu tiempo libre y te diré quién eres (debo decir que esto sigue siendo elitista, porque el ocio no es pensable mientras se lucha por la subsistencia).

El ser humano debe reconciliarse con su parte sensible y entender su propia conciencia como terreno de lucha con la ideología burguesa. Es necesario volver a pensarnos como cuerpo y conciencia, como razón y emoción, pero también como sujetos históricos que, a través de la acción, podemos transformar las relaciones sociales y materiales que rigen al mundo (Peterlin, 2020, p. 5).

Y, como bien dijera William Ospina (1995), “el principal remedio a los males del cuerpo siempre estuvo en el cuerpo” (p. 76).

Y yo me pregunto: ¿será posible “un nuevo mundo feliz”, como lo plantea Ulrich Beck (2000), que nos libere del determinismo económico y no nos haga suplicar por el trabajo? ¿Será posible un orden social girando en otro eje? ¿Emergerá otra humanidad ahora oculta con los atavíos del consumo?

Una vuelta a la tuerca nos puede hacer ver esta pandemia como una gran oportunidad para un cambio proveniente de la subjetividad que somos todos, una transformación propiciada por un viraje de la mirada hacia el cuerpo, por una corporeidad que se niegue a su cooptación y nos permita liberarnos. Es ahora o tal vez nunca... (por lo menos para mi generación). En otras palabras, se requieren subjetividades desestabilizadoras, que desacaten los mandatos constrictivos y propongan formas de socialidades *otras*. De lo contrario, “la suerte está echada”.²

El cuerpo en el campo académico universitario

En el contexto universitario, que obedece a la lógica moderna, el tratamiento del cuerpo ha sido legitimado por los campos académicos de la medicina, la nutrición y la dietética, y de la educación física, el deporte y la recreación, que en adelante se denominarán *campo de las expresiones motrices*.

De Sousa (2020) argumenta que el reino de este mundo está armado por tres unicornios feroces y salvajes: el capitalismo, el colonialismo y el patriarcado, los cuales parecen obrar independientemente, pero se trenzan cuando lo requieren, se codeterminan. También nos habla sobre las lecciones de la pandemia. Una de ellas enseña que el colonialismo y el patriarcado siguen vivos y se fortalecen en los tiempos de crisis, deambulando en los terrenos neoliberales. Pues bien, tanto en la Universidad en general como en el campo de las expresiones motrices en particulares factible observarla prevalencia de los tres unicornios, como se expone a continuación.

El capitalismo enseña la mercantilización del saber y los logros se miden en una balanza económica, de manera que las instancias de gobierno se han convertido más en gestores de la financiación de recursos. Todas las prácticas han de traducirse en dinero. En manipulación de los instrumentos democráticos y de la democracia misma, los opositores se consideran enemigos y se aniquilan como interlocutores. Las formas de contratación son una mediación en la política. Se da un bloqueo a la libertad de expresión y los discursos de izquierda se rinden ante el neoliberalismo, hasta convertirse en dos caras de una misma moneda.

La colonialidad se evidencia en las prácticas de los colonizados: creen que lo mejor es lo de afuera, desconocen las producciones locales y no permiten que alguien considerado igual sobresalga, lo que tiene la práctica deplorable de la competencia desleal y permanente por ser el primero, el mejor, puesto que no pueden coexistir varios buenos. Se trata de toda una geopolítica del conocimiento. Estos rasgos que la colonización nos dejó marcados como sello de ganado nos han convertido en *epistemicidas*: matamos toda alternativa que cuestione lo aprendido. Es una singular xenofobia puesta en los cuerpos sexualizados, racializados y estigmatizados desde las posibilidades de rendimiento. El conocimiento canónico ha invisibilizado lo ancestral, se ha empoderado del conocimiento indexado, con el que se dejan de lado los saberes ancestrales, los saberes populares y otros tipos de saberes.

Además del capitalismo y el colonialismo, ha tenido lugar un patriarcado, correspondiente al mismo nodo epistémico, que no logra desprenderse de sus raíces modernas, masculinas. Este patriarcado

no es asunto de hombres o de mujeres, sino que corresponde más a un orden simbólico, a una reproducción de prácticas de poder, de jerarquías en las interacciones que no se cuestionan; da cuenta del trato diferenciado a los sujetos por su condición sexual y, de modo más contundente aún, es patriarcal por negarse a escuchar las voces que anuncian sexualidades alternativas. Así, el campo de las expresiones motrices es heteronormativo y esto está instalado en las formas de gobierno, independiente del sexo que las asuma: el patriarcado eleva la racionalidad y condena la sensibilidad en las maneras de dirimir y en la selección cultural que deviene en el currículo. Un currículo armado de ausencias (contexto, pensamiento crítico, diversificación, interculturalidad, género, etc.).

El tratamiento del cuerpo de acuerdo con la metáfora de los unicornios enseña su comercialización, su racialización, su violentación y su banalización. El campo de las expresiones motrices no ha sido ajeno a esa realidad y ha intentado abrogarse el dominio de la educación corporal. Abundan discursos, reflexiones y producciones referidos a este propósito en una medida tal que se han convertido en eslóganes vaciados de contenido y han llegado a agotar la receptividad de la temática, la cual se rechaza a la manera de una piedra en el zapato, que se tira porque incomoda. Tema perturbador para el trenzado de unicornios; pero, más allá de las dificultades propias de sembrar nuevas perspectivas, lo que sucede es que esas perspectivas son retóricas (en el sentido del embellecimiento del discurso), no avanzan en las reflexiones contextualizadas del saber, no se desprenden de los argumentos modernos y —lo que resulta más perturbador— dejan un hedor a colonialidad-colonizados. Por otro lado, campea la acepción moderna del cuerpo, que ha hecho de sus nociones especializadas un poder, un dominio y una estrategia de terror erigida sobre una lamentable torre de datos puntuales. Dice De Souza (2020) al respecto:

No se trata de destruir conocimiento, sino de aumentar conocimiento para que se haga evidente que el conocimiento dominante a menudo es una ignorancia especializada e intencional. Las universidades públicas necesitan urgentemente emprender políticas de acción afirmativa para una mayor justicia cognitiva y etnorracial, tanto entre los estudiantes como entre los maestros(p.6).

La pandemización de la cotidianidad, el terror sanitario, ha reforzado el modelo de representación cultural del campo de las expresiones motrices como bioseguridad, como ingeniería motriz, a partir a su vez del refuerzo de la representación social del cuerpo que es nutrida con lugares comunes y que omite, opaca y desconoce al sujeto de la formación.

*¡Señoras, señores, jóvenes, niños y niñas, venimos a traerles salud y entretenimiento!
Es la presencia del INDER en estos momentos de crisis. ¡Los invitamos para que desde sus balcones hagan ejercicio y se liberen del estrés!*

Lejos estamos del ideal formativo, de contribuir a la configuración de ese sujeto proyectado socialmente que, en términos de Freire (1975), debe atender la vocación ontológica e histórica “de ser más”.

Hay preguntas insoslayables para el campo de las expresiones motrices, esto es, si el cuerpo y la motricidad están en el nodo epistémico del campo, ¿qué hemos hecho frente a la violencia real y simbólica que caracteriza a este país y que se sintetiza en el cuerpo?; ¿cómo se ha pensado el campo en relación con los géneros emergentes?; ¿cómo se filtra la realidad virulenta en las reflexiones y aplicaciones del campo?; ¿cómo nos adherimos a la preocupación por el medio ambiente?; ¿cómo articulamos las regiones, la ruralidad, a las propuestas curriculares?; ¿qué argumentos corporales hemos ofrecido y podemos ofrecer para atender crisis como estas?; ¿cómo se asume el abigarramiento en la selección de cultura que media en la elaboración del currículo como proyección del capital social?; ¿cómo reproduce el sistema cada quién? De alguna manera, seguimos en el sur de los saberes, en el sur de la estima y en el sur del estatus académico, y nos autodesplazamos del lugar social que nos compete. No nos la creemos, no hemos podido comprender la magnitud de aquello que tenemos entre manos: el cuerpo y la motricidad, los nuestros y los de otros. Por el contrario, seguimos operando como parte de la estrategia de la biotanto política; para darse cuenta de ello, basta con leer las producciones acerca de la COVID-19 y lo que sigue concernientes al campo: bioseguridad, vigilancia sanitaria, distanciamiento social y aprovechamiento de recursos caseros para realizar ejercicio, etc.

Se trata, pues, de reconocer que el cuerpo en movimiento puede ser una fuente importante de alivio y de resistencia a los problemas de la humanidad. Es necesario desentrañar todas las opciones políticas de las expresiones motrices, entender el significado que las asiste, leer el texto en ellas inscrito y propiciar desde ahí el “ser más” como sujeto, como sociedad y como cultura.

Seguimos partidos, encerrados en lo que Breilh (2020) ha denominado “la burbuja cartesiana”, que según él nos obnubila y nos impide entender los determinantes del virus más allá de lo biológico. Y ha señalado que “el paradigma de la determinación social está ausente o incompleto, y eso crea un vacío de conocimiento que es vital, que es clave para poder responder de una manera adecuada” (p. 3).

El campo de las expresiones motrices debe sacudirse, escuchar los rumores que trae el cuerpo y obrar en consecuencia. Estos rumores nos señalan, nos involucran y nos comprometen.

Referencias bibliográficas

- Agamben, G. (2006). *Homo sacer: el poder soberano y la nuda vida*, vol. I. Valencia: Pretextos.
- Agamben, G. (2020). *En qué punto estamos. La epidemia como política*. Traducciones del blog de Artillería Inmanente. Recuperado de <https://artilleriainmanente.noblogs.org/>.
- Arboleda, R. (2013). *Las expresiones motrices*. Armenia: Kinesis.
- Barranco, J. (2020, 7 de mayo). Los efectos de la crisis. No habrá ningún regreso a la normalidad. *La Vanguardia*. Recuperado de <https://www.lavanguardia.com/libros/20200507/481007665603/zizek-pandemia-libro.html>.
- Bataille, G. (1995). *El erotismo*. Barcelona: Tusquets.
- Beck, U. (2000). *Un nuevo mundo feliz. La precariedad del trabajo en la era de la globalización*.
- Beck, U. (2002). *Sociedad de riesgo*. México: Paidós

- Beck, U., Giddens, A. y Lash, S. (1994). *Modernización reflexiva. Política y tradición y estética en el orden social moderno*. Barcelona: Alianza Editorial.
- Bourdieu, P. y Wacquant, L. (1995). *Respuestas por una antropología reflexiva*. Ciudad de México: Grijalbo.
- Breilh, J. (2007). *Epidemiología crítica. Ciencia emancipadora e interculturalidad*. Buenos Aires: Lugar Editorial.
- Breilh, J. (2020, 16 de abril). Está servida la mesa para el virus [Archivo de video]. Recuperado de <http://idepsalud.org/jaime-breilh-epidemiologo-esta-servida-la-mesa-para-el-virus/>.
- Butler, J. (2005). *Cuerpos que importan: sobre los límites materiales y discursivos del sexo*. Barcelona: Paidós.
- De Sousa, B. (2020). *La cruel pedagogía del virus*. Buenos Aires: CLACSO.
- Foucault, M. (2007). *Nacimiento de la biopolítica. Curso en el Collège de France (1978-1979)*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Freire, P. (1975). *Pedagogía del oprimido*. México: Siglo XXI.
- Freud, S. (1975). *El malestar en la cultura*. Bogotá: Norma.
- Freud, S. (1979). *El porvenir de una ilusión*. Bogotá: Norma.
- Fromm, E. (1962). *Las cadenas de la ilusión*. España: Paidós.
- Lesutis, G. (2020, 26 de marzo). Política del cuerpo en tiempos de la pandemia COVID-19. *El Salto*. Recuperado de <https://www.elsaltodiario.com/economia-para-todas/politica-del-cuerpo-en-tiempos-de-la-pandemia-covid-19->.
- Mbembe, A. (2011). *Necropolítica*. Madrid: Melusina.
- Mujica, J. (2020, 8 de mayo). El impacto del coronavirus [Archivo de video]. Recuperado de <https://www.youtube.com/watch?v=Ls6c9xHVBrw>.
- Múnera, L. (2020). *El absolutismo de la realidad. Universidad, sociedad y pandemia*. Bogotá: CLACSO.
- Ospina, W. (1995). *Es tarde para el hombre*. Bogotá: Norma.
- Peterlin, R. (2020). Pandemia, cuerpo y subjetividad. *Desinformémonos*. Recuperado de <https://desinformemonos.org/pandemia-cuerpo-y-subjetividad/>.
- Rivera Cusicanqui, S. (2020, 25 de mayo). Educación, las corporalidades y el pachakuti en pandemia [Archivo de video]. Recuperado de <https://www.youtube.com/watch?v=UxLxAT6N3SI>.
- Segato, R. (2020, 17 de marzo). Entrevista en Brotes Verdes [Archivo de video]. Recuperado de <https://www.google.com/search?q=Entrevista+en+Brotes+Verdes+rita+segato&oq=>.
- Sigüenza, C. y Rebollo, E. (2020, 16 de mayo). El virus es un espejo, muestra en qué sociedad vivimos. *El Tiempo*. Recuperado de <https://www.eltiempo.com/mundo/asia/byung-chul-han-habla-del-efecto-del-coronavirus-en-las-personas-y-sociedades-496296>.

¹ Emblemático de esta rebiologización es que lo primero que se agotó en las ventas de pánico fue el papel higiénico.

² Título del libro de Sartre *La suerte está echada* (1975).